
El que no salta es un holandés

Prólogo

Mario Méndez



LECTURA Y
MEMORIA



Ministerio de Educación
Argentina

Presidente

Alberto Fernández

Vicepresidenta

Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Santiago Cafiero

Ministro de Educación

Nicolás Trotta

Unidad de Gabinete de Asesores

Matías Novoa Haidar

Subsecretaria de Educación Social y Cultural

Laura Sirotzky

**Directora de Educación para los Derechos Humanos,
Género y Educación Sexual Integral**

María Celeste Andamoli

Coordinadora del Programa Nacional de Educación y Memoria

Cristina Gómez Giusto

Coordinadora del Plan Nacional de Lecturas

Natalia Porta López

Edición: Teresita Valdetaro

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

©Copyright © 2018, Editorial Atlántida S.A.

©Copyright 2018, Mario Méndez.

Ministerio de Educación de la Nación

Plan Nacional de Lecturas

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

plannacional.lecturas@educacion.gob.ar

República Argentina, marzo de 2021

El que no salta es un holandés

Mario Méndez

Mis padres decidieron separarse hacia fines de 1975, cuando yo tenía diez años recién cumplidos. El anuncio no fue una sorpresa para nadie. Mucho menos para mí, que venía padeciendo sus peleas cotidianas desde hacía por lo menos dos años. Me lo tomé bien. Fui serio, responsable, di una respuesta adulta, no la de un nene de diez. Dije que estaba de acuerdo, que me parecía lo correcto, que seguro que iba a ser para mejor, o algo por el estilo. Y no exagero ni creo que me esté engañando la memoria: así era yo por entonces, un chico que, a veces, no parecía un chico.

Fue en una conversación en la cocina, una charla de la que recuerdo a mis padres inclinados sobre mí, las caras tensas, las escasas sonrisas nerviosas.

Mi madre me explicó que había que resolver la “tenencia”: Mariela, mi hermana menor, que tenía apenas cuatro años, quedaría a su cargo; mi tenencia, en cambio, estaría a nombre de mi padre. En la “separación legal de bienes”

—como se llamaba en esa época al divorcio, que tardaría años en legalizarse—, mis padres habían dividido sus bienes de manera bastante equitativa: la mitad de la carpintería (que era de mi papá y de su socio) le quedaba a él; el departamento de la avenida Luro, a mi mamá. El auto, un Rambler '65, blanco y feo, a él; un terreno que habían comprado hacía un tiempo, a ella; Marielita, a mi mamá, Pablito, para papá.

No había dudas de que Mariela viviría con mi madre; yo, en cambio, pregunté tímidamente si podía vivir una semana con cada uno. No tuvieron problemas: era una solución rara, pero no les pareció mal. Lo implementamos enseguida, así que ese primer fin de año de la familia dividida festejé la Navidad con mi mamá, en Luro 7229, y el Año Nuevo con mi viejo, en la casa de unos tíos suyos, en Tandil. Las dos fiestas, además de distintas, fueron irremediablemente tristes. En Mar del Plata, apenas si salimos a la vereda, luego de las doce, con Marielita y mi mamá, más algunos pocos vecinos. Y en Tandil fue todavía peor: estuve esperando a mi papá, que se había vuelto a Mar del Plata por un tema del trabajo, hasta la tarde misma del 31, meta patear una pelota contra la pared, en el patio de un caserón que quedaba al borde del campo. El festejo de la noche fue lo menos parecido a un festejo que yo hubiera vivido nunca.

Del verano, que se pasó tan rápido como siempre, me acuerdo poco. Estuve, eso sí, más tiempo con mi madre,

porque no trabajaba, que con mi papá, que iba a diario a la carpintería. La elección era lógica: con mi mamá podía ir a la playa prácticamente todos los días, a veces solo con ella y mi hermana, otras veces con Julio o Eduardo, amigos del edificio que mi vieja se ofrecía a llevar a la Gancia, nuestra playa desde siempre.

En marzo de 1976 empecé quinto grado. De ese año recuerdo dos cosas en especial: la enfermedad de mi tío padrino, que de alguna manera marcó mi vida casi tanto como la separación de mis padres, y el día del golpe militar.

Cuando dormía en lo de mi papá, él se levantaba conmigo, y luego del desayuno me llevaba en el auto hasta la escuela. Poníamos a Víctor Abel Giménez en la radio de la cocina y después en la del coche. A veces, me comentaba algunas noticias de política o de economía, y a mí me gustaba escucharlo, aunque no entendiera gran cosa.

En lo de mi mamá, en cambio, la rutina era muy diferente. Ella se levantaba a prepararme la leche, pero se acostaba inmediatamente después. Nunca prendía la radio, para que las noticias no le quitaran el sueño. Además, le interesaban muy poco: nacida y criada en Futaleufú, un pueblito mínimo al sur de Chile, se sentía por completo ajena a la política nacional. Yo supongo que en su país tampoco se hubiera interesado, porque así era ella, pero en la Argentina tenía la excusa de ser inmigrante, una excusa casi perfecta que le permitía pasar olímpicamente de casi todo. Se decía peronista, sí, pero debía ser solo por

contagio de mi papá. Ese miércoles 24 de marzo, entonces, tampoco prendió la radio, así que yo salí a la calle sin saber nada de lo que pasaba. Estaba cruzando la avenida Luro, rumbo a la escuela, cuando me detuvo un chistido. Desde el balcón del departamento 8 me llamaba doña Elena, la mamá de mi amigo Eduardo.

—Hala, Pablito, venga, que no hay escuela —me dijo con su inconfundible tonada española. Yo me quedé mirándola. No creo que haya preguntado nada, pero mi mirada de desconcierto debió haber sido elocuente.

—Venga, hijo. ¡Que no hay escuela, que hay revolución!

Así me dijo doña Elena, y yo volví al edificio, subí las escaleras a la carrera y toqué el timbre del departamento varias veces. Mi mamá me abrió sorprendida, los timbrazos la habían despabilado. Le repetí lo que me había dicho la madre de Eduardito, y ella se apuró a prender la radio. Era cierto. Obviamente, no era una revolución lo que empezaba, sino un nuevo golpe militar, una dictadura. La más atroz de la historia argentina, pero claro está, yo no podía saberlo. No lo sabía sencillamente porque era un chico, pero muchos argentinos se habían entusiasmado con ese nuevo golpe militar que venía a traer orden, que pondría, aseguraban tantos, “las cosas en su lugar”.

Decían, los voceros del golpe y los entusiastas que lo aprobaron, que el nuevo gobierno traería paz. Pronto se vería que era una paz de cementerio.

Un par de días después, bolso al hombro, hice una nueva mudanza, de esas que repetía todas las semanas. A la noche, en el departamento de mi papá, conversamos sobre lo que significaba el golpe, la incipiente dictadura. Mi padre, sobreviviente del golpe del '55 y de las persecuciones posteriores, peronista de los que hicieron el 17 de octubre, fue contundente. “Ya vamos a volver”, me dijo. El Partido Justicialista, su partido (y por extensión el mío, aunque tuviera solo diez años) volvería pronto al gobierno, a mi padre no le cabía ninguna duda. Pero, por si acaso, sacó del living el cuadro del general sobre el caballo pinto, quizás el cuadro más famoso de Perón, el que estaba en la mayoría de las casas peronistas.

El otro episodio fundamental de 1976, quedó dicho, fue que hacia mitad de año se enfermó mi tío Adolfo, en Buenos Aires. Al tío le habían diagnosticado un cáncer, y mi papá empezó a viajar casi todas las semanas. En esos viajes que hacía para acompañarlo al hospital, para estar con mi tía y mis primos, mi papá se reencontró con su primera novia, Nelly. Y aunque entonces eso yo tampoco podía saberlo, tiempo después me enteré de que en esos días se empezó a gestar lo que sería mi mudanza a Buenos Aires, un año y medio más tarde.

1977 pasó muy rápido. Tanto mi madre como mi padre estaban de novios, cada uno por su lado. Mi mamá con Ricardo, un tipo más joven que mi viejo, incluso un par de años más chico que ella, un buenazo al que llegué a querer mucho.

Mi papá con su ex novia, Nelly, que pronto sería su esposa y a la que hoy, después de tantos años, considero como a una segunda madre. A mediados de año se murió mi tío Adolfo, y mi papá empezó a contarme su plan, y a tratar de convencerme de que lo acompañara. Vendería su parte de la carpintería y también el Rambler, para que nos fuéramos a Buenos Aires con Nelly. Le habían ofrecido un trabajo en Lomas de Zamora, y además, al menos por un tiempo, su futura mujer no podía dejar el suyo, en un banco de Capital. Me aseguró que la estaba allí duraría solo hasta que se acomodaran, a lo sumo un año, como mucho dos. Yo no sospeché que su plan era no volver más a Mar del Plata.

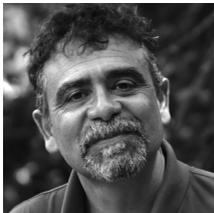
Terminé sexto grado como escolta de la bandera. No llegué a abanderado porque era un alumno demasiado charlatán, a veces muy discutidor, pero me iba bien sin esfuerzo. Las fiestas de Navidad las pasé con mi mamá, mi hermana y Ricardo. Y el 29 de diciembre, dos días antes de que terminara el año, mi papá y yo tomamos el tren. Nelly nos esperaba en Temperley, donde pasamos el Año Nuevo.

Empezábamos 1978 en una nueva casa. Era una nueva vida.

De esa etapa, de esa nueva vida que transcurrió entre enero de 1978 y principios de 1980 es de lo que hablaré en las páginas que siguen. De esos dos años y un par de meses que pasé lejos de mi Mar del Plata natal, de mi madre y de mi hermana. El tiempo en el que terminé la primaria y comencé la secundaria: ese hito que marca el paso

de la niñez a la adolescencia. Los meses en que viví muy de cerca el Mundial del '78, que festejé alborozado, como la inmensa mayoría de los argentinos. Tanto como lo festejaron los holandeses que vivían frente a mi nueva casa, en Buenos Aires, y que también saltaban, muertos de risa, cuando en las calles cantábamos “el que no salta es un holandés”, sin sospechar nada de lo que les estaba por pasar.

De 1978 y 1979 quiero hablar acá, y de lo que vivimos con Deli, la que nunca fue mi novia pero sí fue mi amor, aquella holandesa a quien esta historia también le está dedicada.



Mario Méndez

Nació en Mar del Plata, en 1965. Es maestro y editor. Escribe fundamentalmente para niños y jóvenes.

Ha sido publicado en la Argentina, México, España, Italia y varios países de Latinoamérica. Entre sus novelas y libros de cuentos se pueden mencionar *El monstruo de las frambuesas*, *El monstruo del arroyo*, *Cabo Fantasma* (premio Fantasía de Narrativa en 1998), *Pedro y los lobos*, *El tesoro subterráneo*, *Ana y las olas*, *El viejo de la biblioteca*, *Noches siniestras en Mar del Plata*, *El que no salta es un holandés*, *Mi amigo Manuel* y *Gigantes*, Destacado de Alija en 2011. Participó del libro colectivo *¿Quién soy? Relatos sobre identidad, nietos y reencuentros*, Gran Premio ALIJA en 2013.



Para seguir leyendo:

El que no salta es un holandés.
Buenos Aires, Atlántida, 2018.

Leer es tu derecho.

El **Plan nacional de lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.